

Pérdidas irreparables

Pedro Casaldáliga: la *caminhada* del obispo del pueblo

Alexander Medina*



VATICAN NEWS

Reconocido en Brasil por su intensa labor social y defensa de los más vulnerables, se le recordará siempre como el “obispo del pueblo”, por su defensa de las etnias indígenas de la Amazonía y la lucha contra la violencia en el campo

¡Muchas gracias Señor! ¡Muchas gracias Pedro! Que sean nuestras vidas, no sólo nuestras palabras, las que honren tu memoria.

Con estas sentidas expresiones el Superior Provincial de los Misioneros Claretianos de Santiago, Pedro Belderrain, CMF, rindió homenaje en una carta de despedida a *Dom Pedro* Casaldáliga, de cuya siembra definitiva en el cielo se cumplen dos meses, el 8 de octubre.

El “obispo del pueblo” llegó a la selva amazónica del Brasil en 1968 y se quedó para siempre, y se mantiene aún en su resurrección luego de

su partida física. Allí se encarnó con su “pasión indígena y amazónica”, como él mismo lo expresara en varias charlas espirituales que compartía con sus comunidades eclesiales de base, compañeros de sacerdocio y en varias entrevistas que concedió a medios de comunicación tanto locales como internacionales.

Empezó, y aún no ha terminado, su “caminhada”, esa andadura de Dios en medio del pueblo, en medio de la realidad dura, para su liberación. Es un caminar constante desde y con otros, contagiado “del compromiso liberador”.

Dom Pedro murió a los 92 años en su querido Mato Grosso, en su Tierra de Gracia, donde pasó la mayoría de sus 52 años. Le impactó y le marcó profundamente la situación del pueblo: su pobreza, el abandono, la falta total de infraestructura, la mortalidad infantil, la prepotencia del latifundio, la agresividad de la represión, la marginalidad y muchos otros pecados más.

Pero ese mismo acercamiento, ese “mirar desde lo más hondo y sumergirse”, lo llevó a ser “uno de los nuestros” del pueblo sufriente que permanentemente lo vio, lo consideró, lo quiso y lo acogió en su seno como su “obispo”, su guía y pastor vitalicio, más allá de su consagración en 1971 y su jubilación hace años atrás como obispo emérito. Creía ciegamente que hay que tener un “poco de juicio” para ponerse del lado de la mayoría, del pueblo, de los pobres.

Para Casaldáliga el pueblo de Brasil, de la Amazonía, indígena, el de América Latina, era un perfecto sacramento de conversión, cuestión que él mismo hacía vida a través de la experiencia de entrega, servicio y dedicación a la causa de los más pobres, de los excluidos, de los que están viviendo, como lo dijo hace 35 años, en “las nuevas fronteras”. Parecen palabras de hoy, actuales, vigentes, pertinentes.

Fue llamado precursor, junto a otros, de la Teología de la Liberación en América Latina. A él no le gustaban los títulos de cartón ni los cargos nobiliarios. Siempre se le vio sencillo, humilde, con la palabra precisa, oportuna, acompañante, redentora.

Fundó, junto con otros líderes de los pueblos indígenas, el Consejo Nacional Indígena del Brasil. Concebía esta instancia como una forma de organización y de lucha contra el latifundismo y los opresores que toda la vida han explotado y asesinado la Amazonía, la vida de sus hermanos y amigos, la vida de los hijos de Dios en estas zonas llenas de injusticias y olvidos. Este proceso no le fue perdonado por los terratenientes y los gobiernos de la época. Fue amenazado de muerte varias veces. Pero a *Dom Pedro* parece que eso no le preocupaba. De hecho, en varias ocasiones algunos de sus compañeros del episcopado, y desde el mismo Vaticano, le recomendaron viajar con escoltas y con mucha más seguridad cuando se internaba en la selva, en la “creación constante”, en el centro de la vida de los pueblos amazónicos e indígenas. Pero en este plano fue tremendamente desobediente. Lo hacía siempre en autobús, sin guardaespaldas, y su única seguridad era “la Fe en Jesús de Nazareth que nunca nos falla... quienes fallamos somos nosotros”. También creía que los obispos debían vivir siempre en la “inseguridad” como testimonio.

SU “AMADA IGLESIA”

Con la jerarquía de su “amada Iglesia” también vivió incomprendiones y desmedidos juicios de valor que lo amenazaban de ser expulsado si mantenía su “manera particular” de hacer visible el rostro de Dios a los más pobres.

San Juan Pablo II le advirtió en varias oportunidades que su modo peculiar de cumplir su misión en la tierra estaba lleno de ideas políticas que no eran consonas con el papel evangelizador de la Iglesia. El “obispo del pueblo” siempre alegó que lo que él intentaba era poner en práctica el espíritu que se había manifestado en el Concilio Vaticano II, en Medellín, en Puebla y en otras experiencias vivificadoras de la Iglesia.

Sobre este particular, el claretiano creía que la Iglesia, empezando por sus obispos, debía estar en permanente discernimiento para saber interpretar y responder a los signos de los tiempos. Decía que:

[...] si la Iglesia, cada vez más, sintiese, viviese, organizase y potenciase la solidaridad, con sus agentes de pastoral, desde el pueblo, con todos sus recursos y posibilidades, con su vida testimonial y su sangre martirial, sería para el mundo entero, luz, sal, fermento.

Para él, este era el mejor signo de lanzar un grito profético en medio de las injusticias, las inequidades, el pecado estructural que sigue matando a la gente, al pobre, al desasistido. Voz altisonante que tal vez no pudo emitir en los primeros cinco meses de la pandemia del

coronavirus, hasta donde pudo vivir, porque ya su salud física estaba deteriorada. Pero con toda seguridad lo pensó, lo sintió y quiso lanzarlo al mundo para que entendiéramos que Dios también habla a través de las enfermedades mortales en una especie de denuncia contra el orden establecido que sigue generando sufrimiento y más pobreza. Mucho más, donde las desigualdades se profundizan cuando de buscar una vacuna para todos, sobre todo para quienes no puedan pagarla, se trata.

SERÍA UNA OFENSA

En el último año de su vida sufrió una gran decepción. La canonización de Oscar Arnulfo Romero por el Papa Francisco. Y es que años atrás le imploraba a todos que “[...] por favor, que no canonicen nunca a San Romero de América, porque le harían una ofensa”.

Casaldáliga aseguraba que el arzobispo de El Salvador, asesinado por el poder el 24 de marzo de 1980, “[...] es santo de un modo muy particular [...] ya está canonizado por el pueblo [...] no hace falta nada más”. Y agregaba que si se daba este paso de elevarlo a los altares consagrados y formales “[...] sería como pensar que la primera canonización (la del pueblo) no sirvió”.

Sin embargo, más allá de esta sentencia, el catalán que una vez llegó de la vieja Europa para sembrarse en la Amazonía brasileña, ya debe estar retozando de plena alegría al encontrarse con su “santo del pueblo”, quien también le abrió los brazos eternos y plenos de buena acogida, solidaridad y ternura.

Juntos, los dos, en compañía de otros santos y mártires de la Fe en América Latina seguirán echando una manito para que en el mundo el Señor permanezca revelándose como el Dios vivo, el Dios de hoy, el Dios como palabra inédita siempre nueva en la historia.

En una especie de “irreverencia perdonable” Casaldáliga mantuvo siempre la premisa convincente de que “Dios no puede solo [...] siempre necesita de nosotros, de nuestra colaboración y solidaridad que al fin y al cabo son pura ternura”.

Y como cerraba su carta de despedida el P. Pedro Belderrain, *Dom Pedro* nos pedirá desde el cielo que “No me miren; miren a Jesús. Y mírenlo mucho, pero de inmediato, sin perder tiempo, miren a los hermanos”.

*Periodista. Coordinador (A) de los servicios informativos de Radio Fe y Alegría Noticias. Miembro del Consejo de Redacción de la revista SIC.